

# FULL MENORQUÍ

Suplement de EL IRIS

ANY III

Ciudadella 25 Gener de 1936

NÚM. 25

## Casa y Hospital de S. Antonio Abad de Ciudadella

### APÉNDICE (Continuación)

Por lo que toca al cuadro, no se distingue como obra pictórica, y una restauración de cierta entidad que ha sufrido en su ángulo izquierdo inferior, es evidente que no reproduce íntegramente el asunto primitivo; pero esta imperfección no le quita su interés como monumento histórico, y además es en sí bastante curioso. Representa varios pasajes de la vida de Santa Rosalía, algunos de ellos ilustrados con inscripciones y aunque en ellos abunda la inventiva del desconocido autor, no dejan de estar en consonancia con el fondo histórico. Empiezan dichos pasajes en la parte inferior del lienzo, con los concernientes a la primera edad de la santa, de los cuales han desaparecido los primeros, que ocupaban la indicada parte del cuadro que ha sido infielmente restaurada. Casi a la mitad del lienzo hay otra serie de pasajes, más curiosa e interesante que la mencionada. En primer término se ve a Rosalía que está adornándose delante del espejo, ayudada de una sirvienta, cuando, movida de una gracia extraordinaria, se representa ante sí a Cristo crucificado, que le recuerda su penosa pasión, y le reprocha a ella su vanidad, haciéndole el efecto que le estaba diciendo: *O Rosalia, La mia cara fonch escupida, els meus cabells arrancats, i tu tas pantinat los teus cabells i rentat la cara; y ante esa reconvencción bondadosa Diu a Cristo Rosalia: Ai Jesus, que ia no feré mes tal cosa.* Trocada su vida de corte por la de soledad en la cueva del monte Quisquina, tuvo que resistir largos y recios combates del espíritu maligno, en los que, buscando aliento en la contemplación del santo cristo que había traído consigo, no sólo mereció, según el cuadro, que Jesús le dijera: *Rosalia, noli timere, Ero semper tecum*, si que también le preparara la corona de flores, que se ve pintada en poder de un ángel, y con la cual la iconografía la representa coronada, como expresión de sus encantadoras virtudes; y ella, para animarse a no dejar su vida de soledad, a pe-

sar de aquellas luchas, esculpió, según cuentan, en una piedra que había en la gruta, esta esforzada resolución que el cuadro reproduce: *Ego Rosalia, Sinibaldi filia, amore Domini mei Jesu Christi, in hoc antro habitare decrevi.—Et sic (?) ipsa, Dictante Angelo.* Al pasaje concerniente a su muerte y ascensión a los cielos, acompañada de ángeles, se refiere una antigua inscripción, de la que no se conserva más que la palabra *Jesum*, y otra más moderna, en que se lee: *Veni sponsa Christi, accipe coronam, veni in requiem sempiternam.* Por último, a los cuatro jurados de Ciudadella, que visten sus gramallas rojas, y están sentados en sillas el uno al lado del otro, les dice la santa virgen, desde no muy elevada nube, *Si a peste liberari cupitis, construite miki ecclesiam. Ego vocor S. Rosalia;* y más abajo de dichos jurados hay otra inscripción, de la que han desaparecido no pocas letras, la cual parece que decía así: *Et incipitur ecclesiae, et ad primam lapidem cesavit omnino pestis.—La ciutat de Ciudadella.* En el espacio que media entre las dos series de pasajes aparece esta ciudad, con su elevada iglesia parroquial (hoy catedral), y no lejos de sus murallas, la referida iglesia de Santa Rosalía, pequeña y modesta capilla, casi cuadrada, con tejado partido por su longitud en dos vertientes iguales, abertura ovalada en el frontis, y sobre éste un sencillo campanario, y en las inmediaciones de ella se ven varios edificios aislados, de aspecto de una sola pieza, que acaso no pasen de mera inventiva del pintor, dado que la *quintana*, en que se los representa situados, era un baldío perteneciente al común. Más arriba de la expresada ciudad, se eleva un notable monte, que debe de ser uno de los dos citados en que vió la santa, dado que casi todos los pasajes de la segunda serie referida aparecen pintados en las faldas del mismo. Esta eminencia llega hasta el remate del cuadro, formado por siete imágenes, casi alineadas, y a cierta distancia la una de la otra, y son, empezando por la del centro, Ntra. Sra. del Toro, de pie en la cúspide de dicha eminencia, y a su diestra, San Gabriel Arcángel, San Simón y Santa Agnés (o Inés), y a la izquierda, San Juan Bautista, San Lorenzo mártir

y San Antonio de Padua. Estos nombres coinciden con el de la referida bienhechora Inés y los de los cinco mayordomos que el cuadro nombra en primer término, como se ha visto anteriormente. Es verosímil que el cuadro sea obra de algún pintor mallorquín, dado que la más grande de las dos iglesias citadas más se parece a la catedral de Palma que a la catedral de Ciudadela.

RAFAEL BOSCH FERRER, Pbro.

(Concluid.)

## Els Gremis de Ciutadella

(Continuació)

### El Gremi de Llauradors

#### Provisió dels càrrecs

Els Jurats eren els encarregats de proveir els càrrecs de sobreposat i caixers en les diverses obrieres, confraries i gremis de Ciutadella, rebent els nomenaments l'aprovació del Governador. Però tals nomenaments solían moltes vegades els mateixos gremis presentar tres candidats i els Jurats elegien el que millor lis pareixia entre los presentats. En els llibres d'actes que se conserven en l'Arxiu Municipal, se poden veure aquests nomenaments, que se solien fer el mes de juny o juliol.

No obstant aquest costum, quan se tracta del Gremi de Llauradors el trobam gaudint de més autonomia que els altres, regint-se en aquesta qüestió d'elecció, lo mateix que en moltes altres, per lleis exclusivament pròpies.

El caixer prevere o capellà; era designat per l'autoritat eclesiàstica i una vegada nomenat aquest, se reunien els individus del Gremi en la capella de Sta. Escolàstica sota la presidència del Pavorde o Vicari General i col·locats en un sac els noms dels elegibles, eren tretts a sort els diferents càrrecs de la junta directiva. No eren excluïts del sorteix els que formaven part de la Junta anterior, i d'aquí que moltes vegades se trobà a un mateix individu ocupant diferents càrrecs per espai de molts d'anys. Consta, no obstant, que alguns van permanèixer alguns anys en un mateix càrrec no precisament per sort sinó per designació especial del consell del Gremi, però açò no era lo ordinari.

Un dels càrrecs el nomenament del qual va esser ocasió de diferents disputes va esser el de «penoner», càrrec que havia de desempenyar un jove fadrí, no exigint-sé per ell, com per els demés càrrecs, que pertenesqués a la classe, sinó que podia esser menestral. Per evitar conseqüen-

cies desagradables i per major llibertat, en 1799 se va decidir que «passés a ser llei en avant la pràctica introduïda l'any abans, de passar junts pera fer la extracció de panoners tots els joves lligitims qui viuen dins Ciutadella ab los que viuen defora».

Tal volta algú estranyará la frasse «tots els joves lligitims», que s'usà en la resolució, però ella es una prova del cuidado que tenien de no mesclar-se amb els «borts», lo qual era tingut com un deshonor. Tant és axí, que hauria bastat p. e. que en les festes de S. Joan s'hagués presentat un bord, o il·legitim, en la colcada, perquè se retirassen tots los cavallers.

Una vegada nomenada la nova junta, el clavari cessant entregava els llibres i fondos al nou, se llegien les entrades i sortides, se feia un inventari de tots los béns del Gremi i, donada la conformitat, el nou clavari se feia càrrec de la presidència i administració.

La acceptació dels càrrecs sembla que era obligatoria, de modo que los elegits no podien reusar-la. No obstant pareix que eren excluïts d'aquesta obligació el caixer baciner i el penoner amb que pagassin a la confraria cada un d'ells una lliura, dos sous i vuit diners.

Quan el Gremi va adquirir la «Sala de Santa Escolàstica», no se van celebrar ja les juntas ni eleccions en la Capella, sinó en la dita Sala, en que se celebren també en l'actualitat, convertit el Gremi en confraria.

J. BOSCH, Pbro.

Ciutadella—Gener—1936.

## Notas acerca de un libro interesante

### I

Quien haya seguido el interesante estudio del Rdo. Sr. D. Rafael Bosch Ferrer, Pbro., en las páginas de FULL MENORQUÍ, habrá podido apreciar que las noticias contenidas en «Casa y Hospital de San Antonio Abad de Ciudadela», minuciosas, completas, interesantes, forman un verdadero volumen histórico que debería editarse aparte.

En Menorca—fuerza es confesarlo—, publicar un libro de interés exclusivamente menorquín—aparte las características de universalidad que todo trabajo histórico posee—, constituye un verdadero sacrificio.

Esto explica la relativa abundancia de manuscritos y obras inéditas existentes en la Isla.

De una de ellas me propongo hablar tanto por la analogía que en muchos pasajes presenta con la obra de mi referido tío el Rdo. Sr. Bosch, como por el interés que ofrecerá conocer su contenido y algunos de sus documentos, a los amantes de Menorca.

La obra está celosamente guardada, por disposición de su autor, en el archivo de la Comunidad de Beneficiados de la Parroquia de Sta. Eulalia, de Alayor.

Su autor es el conocido P. Fr. Juan Brocardo Cardona, carmelita del convento del Carmen de Mahón. Fecha, el año 1861.

Título: «Noticia histórico—cronológica—de la Fundación—y sucesos más memorables—ocurridos—en el convento del Carmen de—Mahón.—Escrita por el P. Fr. Juan Brocardo Cardona—Hijo del mismo Convento.

Divídese la obra en tres partes (épocas según el autor: 1.ª Desde que se trató de fundar Convento hasta realizada la fundación. 2.ª Desde la fundación del Convento hasta la conquista de Menorca por las armas católicas de Carlos III en 1781. 3.ª Desde la conquista de la isla hasta la supresión del convento en 1835.

Siguen al texto de la obra una recopilación de documentos, en número de 35, que ocupan tanto espacio como la historia, y llevan como título «Documentos relativos a la fundación e Historia de este Convento del Carmen de Mahón.»

Entre la primera parte y la segunda hay una «Relación de los bienes y rentas de este convento, por donaciones anteriores a su fundación.» Entre la segunda y la tercera hay una relación de «Vesticiones» y «Fallecimientos». Al final de la tercera época hay también una relación de «Vesticiones», «Fallecimientos» y «Serie cronológica de los presidentes del Hospicio, Priors del Convento y Visitadores del Hospicio y Convento.»

Me propongo, en artículos sucesivos, dar a conocer algunas de las particularidades de este libro; no dudo que muchas de sus noticias han de ser particularmente interesantes para mis conciudadanos.

Andrés Bosch y Anglada

## Como escriben de Menorca los franceses

### I

Resulta siempre altamente interesante conocer qué opinan los extranjeros del suelo que habitamos. Para satisfacer esta legítima curiosidad, te brindo, lector amigo, la traducción exacta de los capítulos concernientes a nuestra isla del libro «Les Baléares», del conocido literato francés Monsieur Claude Dervenn. En ella encontrarás las impresiones experimentadas por dicho escritor a su paso por Ciudadela, los pueblos del interior de la isla, Mahón y San Luis, que, sin quitar ni poner nada, te ofreceré, D. m., en varios artículos respectivos.

Sólo me resta suplicarte disimules los errores inevita-

bles tratándose de un forastero, que quizás pueda haber en el curso del trabajo, y que no dudo tu buen sentido sabrá subsanar; así como el hincapié que hace Mr. Dervenn en lo que se refiere a la dominación francesa de Menorca, acerca de la cual da, por otra parte, datos importantes tal vez no muy divulgados; cosa al fin muy disculpable, teniendo en cuenta la nacionalidad del autor y la del público al que ofrecía la antes mencionada obra de turismo, encaminada a fomentar en la nación vecina el interés y la admiración por nuestro nunca bien ponderado archipiélago balear.

Y basta ya de preámbulos. Veamos en este artículo el fragmento referente a

## CIUDADELA

«Cuando agrada lo típico y no se teme el mareo, es mejor dejar partir hacia Mahón el hermoso barco blanco de la «Transmediterránea», y tomar el correo de Ciudadela, a fin de abordar Menorca por su antigua capital moruna y española. El valiente barquichuelo, grande como un «barco-mosca», aparece cubierto en toda su extensión de grandes cajas de ensaimadas embarcadas en Palma, impregnado de olor de algarrobas y de cantos de emigrantes... Al amanecer, las montañas de Mallorca se desvanecen en el cielo del Sur, y Menorca cierra el horizonte, como larga planicie apenas ondulada, alrededor de una proeminencia central, el Monte Toro, que no sobrepasa la altura de 350 metros. Cuando no parece que haya ningún puerto visible en la costa baja hacia la cual navega el vapor, ábrese de repente un fiordo estrecho, un canal de agua azul encerrado entre rocas rojizas, al pie de un Castillo en ruinas (1) y de un camino de ronda por donde con grandes gritos, corren los chiquillos. Al fondo del fiordo, un extravagante conglomerado de viejos bastiones, de casitas deslumbrantes, —blanco crudo, rosa, amarillo, —con persianas verdes, campanarios-minaretes, chumbe-ras, encuadrando un puerto minúsculo donde están amarrados varios veleros. Y en el muelle, ante las viejas casuchas de pescadores, que una parra sombrea, todo un pueblo apacible, —ojos de azabache, pieles ambarinas—, acude en familia, lleno de amabilidad y de sonrisas para el recién venido.

Detrás del puerto, extendiéndose una cañada (2), enteramente parecida al cauce desecado de un riachuelo. Entre muros de cal, verdea un desorden de huertos sal-

(1) Refiérese el autor al castillo de S. Nicolás. El camino que cita más abajo es el que llamamos vulgarmente «Camí de Baix».

(2) El «Pla».

vajes, junto al pie de las murallas. Las mujeres lavan en una cueva, y las terrazas de los muros sirven de palco a las damas de la ciudad en los días de fiesta, cuando los juegos ecuestres, fantasías renovadas del Africa, tienen lugar bajo la luz intensa de junio (1). Allá arriba, sobre el bastión, la fachada almenada del Ayuntamiento recuerda el antiguo Alcázar de los Valies árabes. Es en verdad la ciudad berberisca, de la que se apoderaron en 1232 los Cruzados de Jaime I, (2), y que los piratas de Alí-Pachá trataron de reconquistar en vano en el siglo XVI. Y no obstante, este camino que se desliza sobre la planicie desnuda, entre pequeñas paredes de piedra seca, y de bajas casitas blancas, es tan parecido a los de Bretaña, que los soldados del Duque de Richelieu y del Conde de Lannion, que vinieron antaño a ocupar Menorca por orden del Rey Luis XV, creyéronse transportados a su Armórica lejana.

Pues Menorca difiere de Mallorca como un continente de otro, y quien conozca la gran Balear no puede formarse una idea de su hermana gemela. Es ésta una sorpresa que hace cesar el desdén que tantos viajeros muestran hacia esta llanura sin montañas emocionantes, tostada de un extremo a otro por el sol, o bien azotada por la tramontana y la lluvia.

Su paisaje típico es el brillo inmaculado de una villa africana descansando sobre una landa bretona. Una extraña mezcla de Ouessant (3) y de Sidi-bou-Said (4), alrededor de un túmulo gigante (5), desde donde, como en los campos de Carnac, divísanse, a la vez, extraños monumentos megalíticos y el balanceo de una palmera sobre una noria de Oriente. Es quizás mucho menos admirable que Mallorca, y no obstante, no sé cómo decir en qué punto me ha agradado esta tierra desdeñada, con sus perpetuos contrastes, su salubre rudeza, y el aire de epopeya que se desliza sobre su superficie, evocando grandes recuerdos, banderas invisibles...

(1) Alusión a los ejercicios ecuestres practicados en este lugar la tarde del día de San Juan. Supone Mr. Dervenn que dichos ejercicios sean resabios de costumbres moras, como las de Marruecos, cuando en realidad parecen ser los Caballeros de Malta quienes instituyeron la fiesta, después de la Reconquista. (Notas del Traductor).

(2) Según se desprende de la frase, cree el escritor francés que fué Jaime el Conquistador quien se apoderó de Menorca, siéndolo en realidad, como es notorio, Alfonso III varios años más tarde. ▲ no ser que la palabra «apoderar», en sentido lato, signifique aquí «hacer tributario», lo que aconteció bajo el referido Monarca, y en el año en el texto expresado.

(3) Ciudad típica bretona.

(4) Idem. africana.

(5) El Monte Toro, desde donde divísase la isla en toda su extensión. (N. del T.)

La atmósfera social de Ciudadela participa también de esta ley de contraste. Desde que los ingleses, que ocuparon la isla gran parte del siglo XVIII, trasladaron, en 1722, la capital a Mahón, «el puerto más hermoso del Mediterráneo», esta antigua residencia española ha continuado siendo la metrópoli aristocrática y religiosa, sede del Obispado y del Seminario, ciudad de conventos y de palacios, por cuyas calles tranquilas cruzan, por la mañana, jovencitas que no alcanzan tres palmos del suelo, con mantilla, el abanico en la mano, yendo a oír Misa o a «vestir la virgen». Y no obstante, la ciudad no vive sino del alegre ruido de sus fábricas de calzado.

Hay pocas grandes manufacturas, pero abundan los talleres en donde se juntan veinte o treinta obreros y todo el día golpean, tienden, cosen zapatos con agudos tacones que calzan a España y se envían hasta Norteamérica y a Nueva Zelanda. No se respira la atmósfera sofocante de una ciudad fabril, con sus alrededores desolados: aquí todo permanece claro, blanco, limpio lleno de una artesana nobleza. Ningún semblante aparece contraído ni disgustado. Un pueblo en fin, sano, trabajador y económico, cuya vida apacible depende del martilleo incesante de sus talleres de finos zapatos que se envían por el mundo, y cuya alegría languidece desde que la fabricación es menos viva.

Las blancas callejas que trepan caprichosamente del puerto a la parte elevada de la ciudad, ora van siguiendo grandes muros, cuyo perfil limpio se recorta sobre el cielo, ora pasan entre arcadas, redondas unas, agudas otras, que forman, desde hace seis siglos, un claustro profano por donde corre el viento. En las calles populares, llenas de chiquillos que chillan, ríen, se pelean al lado de sus madres, cada puerta abierta hace patente un zaguán filial, una empinada escalera con gradas de azulejos o de cal, y al fondo una puerta en arco, que se abre sobre la verduura de un jardinito.

(Continuará).

POR LA TRADUCCIÓN, EFEMECÉ.

